

Preguntas

El lector por horas

Santiago Martín Bermúdez

El lector por horas

de
José Sanchis Sinisterra

Con estudios de:
**Carles Batlle i Jordà,
Manuel Aznar Soler y
Santiago Fondevila**

Edita:
**Proa. Teatre Nacional
de Catalunya.
168 páginas.
Barcelona, 1999**

Los lectores de esta revista saben bien quién es José Sanchis Sinisterra. Pero ni quienes hayan visto *El lector por horas* ni quienes la hayan leído saben quién es Ismael. A lo máximo que pueden aspirar es a lo que tal vez desee el autor que lleguemos, a preguntarnos quién es Ismael. Llamadle Ismael, acaso sea ese su nombre. A ella, a la cieguita, llamadla Lorena. Ella escucha lo que lee para ella la voz extranjera de Ismael, pero escucha con sus fantasmas y con el añadido de una biografía que le hace anhelar una trama literaria como forma de vida. ¿Y hay algo más literario que lo turbio, o que el fracaso? Lorena, en el momento culminante de la obra, le adjudica a Ismael ambas cosas, y lo más probable es que se equivoque. Hemos invocado la biografía de Lorena, pero de ella sabemos poco, y cuando sabemos algo, entonces surge el misterio; no en el sentido de iniciación, sino en de inalcanzable: saber de su accidente, verla desenvolverse, escuchar sus pequeñas mentiras, nos informa poco. Y nos plantea mucho. No es Lorena un enigma, como tampoco Ismael. Viven una situación, y al desarrollarse ésta se configura como el verdadero enigma, el de una obra teatral poderosa como los susurros, sugerente como la lírica, con algunas anécdotas que complacerían a los lectores de Henry James y una serie de angustias en las que tres biografías invocan otras biografías ausentes para, a partir de ellas, jugar al dominio y a la servidumbre.

Pero, ¿y Celso, el padre de Lorena? Celso es poseedor, al contrario que Ismael, que lo ha perdido todo, o eso parece. Desde luego, no sabemos por qué lo ha perdido todo, sólo sabemos de él, a ciencia cierta, que está en una mala situación social y económica, que es un hombre de cultura, que escribió novelas no se sabe si plagiarías o ricas en intertextualidad. Celso posee, decíamos. Que posee no me basta para creerle poderoso, y menos cuando le veo o leo. Posee empresas, según parece. Quién sabe si no posee también a su hija, Lorena, una propiedad frágil y muy herida que es preciso cuidar y mantener aislada. Celso

posee también libros, muchos libros. Algunos de ellos los lee Ismael para el oído aguzado de Lorena; son libros clásicos: adivinarlos es un guiño del autor, uno de los diversos guiños que sirven para despistar a quienes desean despistarse siempre; aquí, la historia es otra. Los libros son propiedad sólida, consistente. No puede arriesgarse a degustar y poseer textos contemporáneos. Y el mensaje de esos libros llega al corazón de Lorena a través de su oído, al acecho.

Un extraño que llega a un hogar en el que hay un pasado que ocultar. La agitación ante el extraño. Las relaciones de dominio familiares se extienden al extraño. Es decir, una situación bastante clásica. Lo que es menos clásico es que las tensiones y el desarrollo dramático partan de una serie de textos leídos por una voz contratada a la que se le dan instrucciones precisas para que no actúe, no dé emoción, ni humor, ni pathos. Leer es algo íntimo y silencioso en el que no entran los matices sino por deducción. Leer en voz alta tiende, inevitablemente, a la interpretación. O al ridículo. De ese intento de asepsia surge la relación entre lector y auditora.

Pero está, además, el discurso, el diálogo. El diálogo es magistral. Ese diálogo rico en suspensiones no se pretende un diálogo realista que retrate las vacilaciones del habla cotidiana, las interrupciones de las frases, las inexactitudes. Esas frases cortadas, esas locuciones que apenas comienzan y ya se deshacen, ese ir y venir del verbo interrumpido es, ni más ni menos, un elemento típico del teatro de Sanchis, y un símbolo del discurso de esta obra. Una obra en el que la evolución dramática no informa sobre personajes o acción, sino que aumenta la zozobra, la inquietud y el número de preguntas que el lector y el público se hacen ante aquellas situaciones que, aunque concluyen en la muda escena 17, podrían continuar aún. Y no por ello nuestras preguntas tendrían más respuesta. Saldríamos, si acaso, más enriquecidos de preguntas.

Llamadle Sanchis, con la tónica en la a. A él si le conocemos mejor, con cada obra. ■

